





Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones

Ursula K. Le Guin

EL DÍA ANTES
DE LA REVOLUCIÓN

Ursula K. Le Guin
**EL DÍA ANTES
DE LA REVOLUCIÓN**

Ilustraciones de
Arnal Ballester

Traducción de
Enrique Maldonado

Nørdicalibros
2017

Título original: *The Day before the Revolution*

© Ursula K. Le Guin 1974

Published by arrangement with International Editors Co and Curtis Brown Ltd

© De las ilustraciones: Arnal Ballester

© De la traducción: Enrique Maldonado

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-16830-32-9

Depósito Legal: M-43190-2016

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección y
maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

In memoriam,
Paul Goodman (1911-1972)



Mi novela *Los desposeídos* trata de un pequeño mundo poblado por personas que se llaman a sí mismas odonianos. El nombre proviene de la fundadora de su sociedad, Odo, que vivió varias generaciones antes del momento en el que se desarrolla la novela y que, por tanto, no forma parte de la acción —excepto de forma implícita, puesto que todo comenzó con ella—.

El odonianismo es el anarquismo. No aquello de las bombas en los bolsillos, que es terrorismo, independientemente del nombre con el que trate de dignificarse; tampoco el darwinismo social del «libertarismo» económico de la extrema derecha; sino el anarquismo tal y como aparece prefigurado en la filosofía taoísta temprana y lo exponen Shelley y Kropotkin, Goldman y Goodman. El blanco principal del anarquismo es el Estado autoritario (capitalista o socialista); su objetivo práctico-moral

principal es la cooperación (solidaridad, asistencia mutua). Es la más idealista, y para mí la más interesante, de todas las teorías políticas.

Plasmarlo en una novela, algo que no se había realizado con antelación, resultó ser un trabajo extenuante y prolongado que me absorbió por completo durante muchos meses. Una vez concluido, me sentí perdida, exiliada: una persona desplazada. Agradecí sumamente, por tanto, cuando Odo apareció de entre las sombras y atravesó el abismo de lo probable pidiendo un relato, no sobre el mundo que construyó, sino sobre sí misma.

Esta historia trata de una de aquellas personas que se marcharon de Omelas.¹

¹ Omelas es una ciudad ficticia construida por Le Guin en su celebrado relato «Los que se marcharon de Omelas», en el que la autora analiza la felicidad de una sociedad basada en la existencia de un chivo expiatorio. (*N. del T.*)

La voz de la oradora era tan vibrante como el retumbar de los barriles vacíos del camión de la cerveza en una calle empedrada y los asistentes a la reunión estaban apelotonados, como adoquines, frente a esa gran voz que resonaba sobre ellos. Taviri estaba en algún lugar del otro lado de la sala. Tenía que llegar hasta él. Retorciéndose y empujando se abrió camino entre aquella gente apretujada vestida con ropas oscuras. No oía las palabras, no veía los rostros: sólo el estruendo y los cuerpos amasados unos contra otros. Era incapaz de ver a Taviri, era demasiado pequeña. Amenazadores se alzaron un amplio estómago y un alto pecho vestidos de negro para bloquearle el camino. Tenía que abrirse paso hasta Taviri. Sudorosa, clavó feroz un puño. Era como golpear una piedra, aquel cuerpo no se movió ni un ápice, pero los gigantescos pulmones liberaron, justo sobre su cabeza, un sonido prodigioso, un rugido. Se encogió de miedo. Comprendió entonces que el bramido no

iba dirigido a ella. Otros también gritaban. La oradora había dicho algo, algo acertado sobre impuestos o premoniciones. Entusiasmada, se unió a los gritos «—¡Sí! ¡Eso!—» y, a empujones, salió con facilidad a la extensión abierta del Campo de Instrucción Militar de Parheo. Sobre su cabeza, el cielo de la noche se extendía profundo y sin color, mientras a su alrededor asentían los tallos altos con la cabeza seca, blanca, de florecillas en ramilletes. Nunca supo cómo se llamaban. Las flores se inclinaban por encima de su cuerpo, oscilando en el viento que siempre soplaba sobre los campos al atardecer. Empezó a correr entre ellas; las flores se combaban ágiles a un lado y volvían a levantarse con un balanceo mudo. Taviri permanecía entre los altos tallos con su mejor traje, el conjunto gris oscuro que lo hacía parecer un catedrático o un actor de teatro, con una elegancia seca. No parecía feliz, pero se reía y le decía algo. El sonido de su voz la hizo llorar y extendió el brazo para agarrar su mano, si bien no se detuvo, no del todo. No podía pararse. «¡Ay, Taviri —dijo—, está ahí mismo!».

El extraño olor dulce de los tallos de flores blancas se intensificó cuando pasó de largo. Había espinos, marañas bajo sus pies, había pendientes, abismos. Temió caer, caer... Se detuvo.



“La voz de la oradora era tan vibrante como el retumbar de los barriles en una calle empedrada”

Sol, el brillo de la luz de la mañana, directo a los ojos, despiadado. Había olvidado echar la cortina la noche anterior. Dio la espalda al sol, pero estar tumbada sobre el costado derecho no era cómodo. Era inútil. Era de día. Suspiró dos veces, se incorporó, pasó las piernas sobre el extremo de la cama, se sentó encorvada, vestida con su camisión, y se observó los pies.

Los dedos, comprimidos por toda una vida de zapatos baratos, casi llegaban a formar un ángulo recto al apretarse unos contra otros y se levantaban hechos un callo; las uñas estaban descoloridas y sin forma. Entre los huesos del tobillo, aquellas protuberancias, avanzaban arrugas finas y secas. Las breves llanuras en la base de los dedos habían mantenido su delicadeza; sin embargo, la piel era del color del barro y venas nudosas atravesaban el empeine. Asquerosos. Tristes, deprimentes. Viles. Penosos. Probó con todas las palabras y todas encajaban como espantosos sombreros. Espantosos: sí, ésa también. Mirarse una misma y verse espantosa, ¡menuda historia! Aunque, ¿y antes, cuando no era espantosa? ¿Se había sentado a observarse de este modo? ¡No mucho! Un cuerpo en condiciones no es un objeto, no es un instrumento, no es una posesión digna de admiración, no es más que una, tú. Sólo cuando el cuerpo ya

no eres tú, sino tuyo, algo que se posee, se preocupa una por él: ¿está en buen estado? ¿Servirá? ¿Durará?

—¿Y a quién le importa? —dijo Laia violenta. Y se levantó.

La mareaba levantarse de pronto. Tuvo que estirar una mano hasta la mesita de noche, temió caer. Al hacer ese movimiento, le volvió a la mente el sueño, el gesto de estirar la mano hacia Taviri.

¿Qué había dicho Taviri? No podía recordarlo. No estaba segura de si había llegado a tocar su mano. Frunció el ceño, intentando forzar la memoria. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había soñado con Taviri... ¡Y ahora no recordaba siquiera lo que había dicho!

Se había perdido, se había marchado. Allí estaba ella, encorvada, en su camisón, con el ceño fruncido, y

